

En realidad, el sábado 8 de septiembre fue aburrido para los reporteros. Y mucho más para los reporteros del diario «El Mercurio» que estaban en un departamento del piso decimotercero del Hotel Carrera, con equipo fotográfico provisto de enormes teleobjetivos, desde el día 2 de septiembre. Ese día, la gerencia de «El Mercurio», en conocimiento de que «algo gordo va a pasar en La Moneda uno de estos días», arrendó un departamento por tiempo indefinido allí, y puso de guardia permanente a un equipo de reporteros. No estaba claro para «El Mercurio» si iba a ser el asesinato de Allende o de algunos de los generales, pero impartió instrucciones a sus reporteros de vigilar cada segundo del día la puerta de La Moneda con sus teleobjetivos.

### *El Juramento*

El 9 de septiembre, domingo, desde las once de la noche, la pesada maquinaria militar puesta en marcha para aplastar al pueblo chileno dio otra vuelta en su eje. A esa hora, en casa del general Augusto Pinochet Ugarte, y después de «una comida social», se reunieron el propio Pinochet, el general Gustavo Leigh; el vicealmirante Sergio Huidobro, director de la Escuela de Infantería de Marina (que adiestraba a los grupos fascistas civiles) y el vicealmirante Patricio Carvajal.

La reunión duró desde las once de la noche del día 9 a las dos de la mañana del lunes 10. Fue una reunión, por lo que parece, de «afinamiento» y «comprobación» de la «operación». Según informes posteriores, se supo que en la tarde del 9, los generales Pinochet y Leigh habían hablado con el general Mendoza, de Carabineros, para que montara su aparato para el martes 11. Y los vicealmirantes Huidobro y Carvajal, también en la tarde del mismo día, habían hablado con el almirante Merino para que se las arreglara para arrestar al almirante Montero en la medianoche del día 10.

Según una declaración a la prensa chilena del general Gustavo Leigh, hecha en noviembre de 1973, allí también «se firmó un documento que guardamos en estricto secreto». Probablemente se trata de un documento que detalla los nombres de los conspiradores, para que así ninguno traicionara la insurrección al martes 11.

Pero lo importante es que a las cuatro de la madrugada del

día 10, o sea dos horas después de terminada la reunión de los conspiradores en casa de Pinochet, un coronel del Ejército chileno, vestido de civil concurrió a la casa del embajador de los Estados Unidos, Nathanael Davis, donde también estaban dos miembros de la misión militar norteamericana en Santiago.

Después de esa reunión nocturna, ocurre un hecho singular: los Servicios de Contrainteligencia radial de la izquierda interceptan un mensaje en clave procedente de los aparatos de radio norteamericanos utilizados en el Ministerio de Defensa, que instruyen a la «fuerza de tarea» de la Operación Unitas, compuesta de tres destructores y un submarino, que se separen; que dos destructores permanezcan «a más de doscientas millas de Valparaíso, mar afuera», y un destructor y el submarino a más de doscientas millas de Talcahuano, porque la Operación Unitas «puede postergarse indefinidamente».

Esa misma madrugada, la misión militar brasileña es puesta en alerta por los militares chilenos, y se les pide que «el día 11 no salgan a la calle, hasta nuevo aviso».

Todo esto puede explicar lo que para algunos políticos norteamericanos resultó un misterio. La agencia Inter Press Service indicaba: «Los destructores Tunner, Tatonall y Vesole, y el submarino Clagamore se dirigían en la noche anterior al golpe hacia aguas jurisdiccionales chilenas. Fueron detenidos justo en el límite, y separados en dos grupos, por una oportuna advertencia radial de la Embajada norteamericana en Santiago, diez horas antes de que estallara el sangriento golpe de Estado.»

Y también puede explicar el siguiente cable de la agencia española EFE, del 13 de septiembre, procedente de Washington, que decía: «El presidente Nixon supo con anticipación de los preparativos del golpe de estado en Chile, pero el Gobierno norteamericano decidió no informar al presidente Allende, reveló hoy el diario "The Washington Post". En una información que aparece en la primera página del matutino de la capital federal, se confirmó que los Estados Unidos habían sabido por lo menos doce horas antes del golpe militar que derrocó al presidente Allende en Chile. Según el periódico, un oficial del Ejército chileno informó a otro oficial del Ejército norteamericano en Chile del plan contra Allende. La información fue entonces pasada a los más altos niveles de Washington y se tomó la decisión de no intervenir, según el "Washington Post".

»El periódico informó que estos detalles fueron revelados ayer por Jack Kubish, secretario de Estado Adjunto norteamer-

ricano y coordinador de la Alianza para el Progreso, a un grupo de senadores norteamericanos integrantes del Subcomité de Relaciones Exteriores para Asuntos del Hemisferio Occidental».

El lunes 10, en La Moneda, había una especie de tranquilidad. El único dirigente político que dio una pista de lo que estaba pasando, fue el dirigente de un pequeño partido de la UP, la Acción Popular Independiente, Rafael Tarud, quien, después de conversar con Allende, señaló: «Le dije que el API es partidario de solucionar el conflicto del transporte de inmediato, por ley; de promulgar las reformas constitucionales del proyecto Hamilton-Fuentealba y otros hechos que significarían la paz social.»

En la tarde, a las seis, en el décimo piso del Ministerio de Defensa, el ministro Orlando Letelier citaba a los directores de diarios y revistas de Santiago para decirles que «la situación tenía una solución política que pronto se dará a conocer por el propio Presidente», que pedía a los directores de medios informativos que «en las noticias sobre los allanamientos de la Ley Sobre Control de Armas no pretendieran incorporar a las Fuerzas Armadas a la política contingente». La sensación de Letelier era de optimismo, de confianza en que el discurso de Allende del martes iba a resolver la cuestión y que «todo estaba en calma».

Sin embargo un signo ominoso fue notado por más de un reportero: ninguno de los tres comandantes en jefe asistió a la conferencia del ministro de Defensa, cosa absolutamente inusual

La verdad era que, a esa misma hora, en los pisos inferiores del mismo edificio donde Letelier hablaba con los directores de diarios, los generales complotadores preparaban los últimos detalles de la ocupación militar del país, a sangre y fuego, a partir de las próximas seis horas, para cumplir con la orden que el Pentágono norteamericano había dado diez meses antes, en noviembre de 1972.